

Historia del Tiempo Presente e Historia de las Relaciones Internacionales

Montserrat Huguet Santos

Universidad Carlos III

1. Una Historia del Presente

El lapso de tiempo que transcurre entre la vivencia como experiencia y la expectativa como promesa de futuro, el peso de esta percepción es el tiempo en que se mueve la Historia del Tiempo Presente¹, esto es, del tiempo compartido por las generaciones vivas² como experiencia histórica. El presente, ha escrito Julio Aróstegui³, contiene una forma especial de *historicidad*, que se relaciona con la forma en que nuestra

¹ Pese a que los orígenes de la Historia del Presente, bajo diferentes denominaciones, se encuentran desde la década de los años setenta en Francia, Alemania y Reino Unido —véase el esfuerzo por los temas de la historia reciente de la revista *Vingtème Siècle*, dirigida por Jean Pierre Rioux—, en los años noventa España se incorpora a los estudios de esta joven disciplina desgajada de la Historia Contemporánea, desde una perspectiva más teórica que práctica. Es preciso señalar algunos de los más recientes trabajos en este sentido. En primer lugar, el coordinado por DÍAZ BARRADO, M. P.: *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, Universidad de Extremadura, 1998, y ARÓSTEGUI, J., et alii: «Dossier: Historia y Tiempo presente», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998. Y finalmente CUESTA, J.: *Historia del Presente*, Madrid, Eudema, 1993.

² Dentro de la amplísima producción acerca de la teoría de generación, indicamos dos trabajos recientes que actualizan la cuestión. ZARCO, J., y ORUETA, A.: «Idea de generación: una revisión crítica», *Sistema*, núm. 144, 1998, pp. 107-115. EYERMAN, R., y TURNER, B. S.: «Outline of a Theory of Generations», *European Journal of social Theory*, núm. 1, 1998, pp. 91-106.

³ ARÓSTEGUI, J.: «Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria», en DÍAZ BARRADO, M. P.: *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, Universidad de Extremadura, 1998, pp. 31-45.

intuición y conocimiento capta el sentido del tiempo. Es siempre un momento fugaz, en transición. Se trataría de una historicidad *activa*, frente a la del pasado, que constituye siempre una reconstrucción.

¿Cuáles son los rasgos del tiempo histórico en que vivimos? Ante todo, la idea de presente conlleva en su referencia social la de la *coetaneidad*, la intensa conciencia común de la especificidad del tiempo vivido, que las gentes viven como historia⁴, en un afán precisamente por retener el tiempo y aminorar el vértigo de la incertidumbre. Esto conduce a la tendencia genérica que abre las puertas a la historización de las vidas privadas y de las gentes, que la inflación mediática tiende a favorecer. En segundo término, es fácilmente perceptible que la avalancha informativa nos sitúa en una fase de acopio y archivo de la memoria⁵ que, pese a la revolución que supone la irrupción de los soportes digitales, pone de manifiesto la limitación de las herramientas⁶. En este orden de cosas la historización de lo coetáneo está necesitada de la formulación de métodos y protocolos mediante los cuales desbrozar la información. En tercer lugar, la percepción agigantada del entorno inmediato. Desde el momento en que las tecnologías hacen posible ser y estar en todas partes a un mismo tiempo, una suerte de *ubicuidad* en definitiva, el conocimiento del medio carece de fronteras, porque es versátil en el tiempo y en razón de las circunstancias de los individuos y de los grupos humanos.

Digamos también que, siempre que se aplique una metodología histórica, en general la Historia del Presente se adapta bien a los llamados análisis de actualidad, al periodismo de investigación y a los lenguajes audiovisuales. Lo cual no equivale a concebir la Historia del Presente como análisis de la actualidad o como indagación periódica. Es, sin embargo, una evidencia de este entendimiento el que, cada vez más, los planes de estudio de las Facultades de Periodismo reclaman la impartición de la disciplina *Historia del Tiempo Presente*.

⁴ Acerca de la historización de la experiencia como fundamento para construir una Historia del Presente, ver ARÓSTEGUI, J.: «Identidad, mundialización e historización de la experiencia», *Hispania*, núm. 198, 1998, pp. 97-125.

⁵ DÍAZ BARRADO, P. M.: «Imagen y tiempo presente. Información versus Memoria», en DÍAZ BARRADO, P. M. (coord.): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, op. cit., pp. 79-109. Recientemente, TODOROV, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

⁶ HUGUET, M., y GIBAJA, J. C.: «La Historia en casa: nuevas tecnologías y archivos domésticos», *Actas del Congreso Internacional sobre Sistemas de Información Histórica*, Vitoria, 1997.

Ahora bien, desde un punto de vista teórico, la Historia del Presente viene planteando una serie de reflexiones y de dudas muy sustanciales que aportan datos significativos sobre las dificultades que encuentra la disciplina para fijar sus propias señas de identidad⁷. La primera y más insistente es sin duda la de la *perspectiva temporal*. Vinculada a ella se sustancia con fuerza en segundo lugar la naturaleza y el papel de los *acontecimientos*. La tercera se refiere a la naturaleza de la función histórica de los propios *testigos* de la Historia. La cuarta viene a considerar la posibilidad de la Historia del Presente como *fuentes primarias* en sí misma. Una quinta reflexión trataría de enfocar el vínculo entre la Historia del Presente y las disciplinas colaterales para definir un escenario de acción incierto y resbaladizo del que nadie parece querer responsabilizarse: ¿*disciplinarietà o interdisciplinarietà?*, podría ser la disyuntiva. Cada una de estas cuestiones, por sí sola o en concatenación con las demás, no es, por otra parte, ajena a la propia reflexión que la Historia ha hecho sobre sí misma en todos los tiempos. Veamos su especificidad en el Tiempo Presente.

El valor que el sentido común confiere a la perspectiva temporal para la confección del discurso histórico no parece sostenerse en el caso de la Historia del Presente, ya que las percepciones de los protagonistas de los hechos, el conjunto de sus memorias, aportan la noción de *testimonio*, permitiendo al historiador comprender mejor los fenómenos. Toda construcción histórica se ve, por lo tanto, favorecida si para su elaboración puede contar con su propia historia del presente. La impresión del espectador o el intento de explicar el fenómeno o el proceso histórico *en directo* ayuda enormemente al historiador. Sin embargo, el historiador conoce perfectamente las cautelas con que ha de enfrentarse a los testimonios de los protagonistas y de los espectadores de la Historia, lo que le lleva a tomar en cuenta un matiz que no es en absoluto baladí, si bien es preciso reconocer que el mantenimiento de su importancia requiere una buena dosis de fe. Nos referimos a la cualidad del *observador*: el historiador del presente formula sus construcciones desde una atalaya privilegiada, la que le otorga su propio recorrido histórico y su mentalidad. Renunciar a esta condición es tan inútil por imposible como por poco práctico, ya que es la mentalidad histórica una rara cualidad, difícilmente aprehensible, pero perfectamente natural. Pero ante todo necesaria en nuestros días, ya que hacer

⁷ Algunas de estas reflexiones han sido recientemente abordadas por GARTON ASH, T.: «El presente como Historia», en *Clases de la Razón Práctica*, núm. 102, pp. 22-26.

frente a la Historia del Presente exige, en los comienzos del siglo XXI, un esfuerzo de discriminación sin precedentes en el contexto de la selva informativa de nuestro mundo actual.

Pero si la discriminación, asistida por el criterio personal, es necesaria, lo es sin duda más aún que efectuemos el registro de los acontecimientos en el sentido más amplio posible, en este caso sin discriminar. Por ello, la fuente audiovisual resulta imprescindible. Desde el presente, careciendo aún de la información acerca de los efectos o consecuencias —que no de los hechos posteriores— que van a derivarse de los asuntos acaecidos hoy, y a pesar de que apliquemos el insustituible criterio histórico, podemos equivocarnos en la discriminación o elección de los sujetos que consideramos esenciales en los procesos históricos estudiados. El futuro historiográfico necesitará, además de los relatos del presente, de aquellas fuentes que puedan completar un panorama al margen de nuestra elección. Tanto es así que la Historia del Presente, aun a riesgo de perder identidad como disciplina, no puede permitirse el lujo de erradicar de entrada ningún campo disciplinar y mucho menos ninguna tipología de fuentes. Estando la Historia del Presente muy próxima al llamado periodismo de investigación y vinculada a la literatura en tanto expresión narrativa, cada vez son más los historiadores que compaginan, con mejor o peor oficio, su interés profesional por la Historia con el trabajo como analistas de la realidad presente en medios de difusión periódica y audiovisual.

Ciertamente, el encuentro entre ambos medios, Historia e información, provoca rozaduras de importancia, que no deben ser, no obstante, un síntoma de crisis de este modelo de simbiosis, sino más bien, la prueba de que estamos en un período de adaptación. Si la investigación y el relato periodístico ofrecen la garantía de la cercanía al hecho, al dato, como prueba de verosimilitud, la acción del historiador vendría de establecer las condiciones de verificabilidad de los datos, asumiendo enfoques narrativos más amplios que los usuales en la historiografía al uso, por ejemplo, como acabamos de decir, los audiovisuales. Entendamos que el relato cinematográfico puede constituir un ensayo de síntesis digno, siempre que se sustente en un trabajo de indagación riguroso y goce de verosimilitud. Es en este sentido la Historia del Presente una disciplina privilegiada porque puede *inclure* antes que *exclure*, porque goza si sabe apropiarse de ella de la cualidad del mestizaje. No cabe la menor duda de que la Historia del Presente ha de abrirse paso derribando obstáculos. Algunos de ellos ya han sido

indicados, el magna informativo sin ir más lejos. Pero de entre todos, sobresale el afán de las disciplinas por señalar los límites, afán que obedece ante todo a un interés social: las profesiones han de diferenciarse para acotar el territorio de pertenencia. La sustancia del academicismo, del que la Historia no es ajeno en absoluto, radica en la profesionalización de los saberes. La Historia del Presente necesita huir de la esfera de los saberes diferenciados, encontrando tal vez en el periodismo —fuente, por otra parte, incontestable para la Historia Contemporánea— la virtud de la verosimilitud (algunos dirían del realismo) que proporciona la inmediatez entre acontecimiento y relato, y en las humanidades el beneficio de la pausa y de la reflexión que aportan los métodos humanísticos.

En este somero repaso de las cuestiones en torno a la Historia del Presente hemos dejado para el final uno de los más delicados, el de los *acontecimientos*. Unas líneas más arriba indicábamos el consenso existente en la disciplina a la hora de tomar como referente fundamental el acontecimiento. Mas allá de la historificación de fuerzas y de elementos que condicionan y establecen los desencadenantes de la Historia Internacional, también el estudio de la Historia de las Relaciones Internacionales se ha visto siempre inclinado a fijar, o determinar lo que *ocurre*, esto es, el conjunto de los *acontecimientos*. Como bien sabemos, en el caso de la Historia de las Relaciones Internacionales sus comienzos fueron los de una historia política que hacía del acontecimiento puesto en orden por el historiador el esqueleto de la narración histórica. Sometidos a la presión del acontecimiento contemporáneo, nuevo por su cantidad y aceleración en el ritmo de su circulación, así como súbdito fiel de la teatralización que le confieren los medios de comunicación, los historiadores de las relaciones internacionales encuentran en los márgenes del tiempo presente, en tanto que sus límites son porosos y su dimensión no es lineal como sucede con las historias cronológicas, una dificultad añadida. Sin embargo, en la otra cara de la moneda, el evento o acontecimiento —enfrentamiento armado, conversaciones y negociaciones, cumbres, firma de un acuerdo de paz, o manifestación en pro de las libertades del hombre— tiende a convertirse en la coartada perfecta de la explicación histórica: acontecimientos concatenados como sinónimo de causalidad. Las cosas que pasan antes vienen a ser leídas como causa de las que tienen lugar a continuación.

No son precisamente acontecimientos los que faltan en la Historia del Presente. Un rasgo de la opulencia de este tiempo histórico es

el crecimiento geométrico de los llamados acontecimientos. En nuestros días es el vínculo entre la producción de acontecimientos y la noticia de los mismos el que se ha convertido en actor fundamental de esta historia. Añadamos que la tentación de romper definitivamente con los modelos y sistemas de historia estructural y comprensiva es de tal magnitud que el absoluto protagonismo del *tiempo corto* provoca el enmudecimiento de cualquier otro orden del tiempo histórico. Las imágenes captadas y emitidas en la prensa y en la televisión —pantallazos de memoria que captan acontecimientos de usar y tirar cuya durabilidad es efímera— han perdido su cariz de singularidad para convertirse nada menos que en la expresión de síntesis de un proceso histórico determinado o bien en símbolos cargados de la memoria que los hombres confieren a dichos baluartes. Que la Historia de las Relaciones Internacionales y la Historia del Tiempo Presente se encuentran cómodas en la revitalización del acontecimiento parece evidente y casi irremediable. No lo es ya tanto de qué manera armonizan la multidimensionalidad y transversalidad en las temáticas que ocupan a la primera con el énfasis en el tiempo *inmediato* consensuado por las generaciones vivas que ocupa a la segunda de ambas disciplinas. Es éste un escollo indudable, que no invalida, no obstante, una integración disciplinar que se propone de forma *natural*, casi instintiva diríamos, a partir de la concepción de la nuestra como una sociedad tecnológica.

2. En la sociedad tecnológica

Es en la caracterización de la sociedad del siglo xx como sociedad tecnológica donde la Historia del Presente y la Historia de las Relaciones Internacionales encuentran su acomodo más fructífero. De igual manera que la Historia del Presente no puede convertirse por las buenas en una Historia del Mundo Actual⁸, la formación social sobre la que se apoya tiene el rasgo —tremendamente inconveniente, no lo ocultamos— de no formar parte exclusivamente de este tiempo histórico, puesto que lo coetáneo delimita aún más lo contemporáneo, viniendo a ser

⁸ La llamada Historia Inmediata o del Mundo Actual, tramo final de la Historia Contemporánea, formaría parte de la Historia del Presente —todas las historias cuentan con su propia Historia del Presente— en realidad como un análisis preliminar, incluso periodístico, interesada fundamentalmente por lo actual y, por lo tanto, escasamente expuesta al fenómeno de la memoria colectiva de las generaciones.

una conexión entre las cosas que, superando el marco cronológico, expresa la relación entre los tiempos de la Historia.

¿Cuáles serían los rasgos de nuestra coetaneidad? De entrada, estaríamos ante la bien conocida y argumentada crisis de la cultura moderna, también llamada liberal clásica, que pone fin a la fe del hombre contemporáneo en la continuidad y en la estabilidad de la civilización burguesa moderna. Sin duda ha llegado a su fin el consenso de que existe una historia, al final de la cual nacería una sociedad racional que, observada al modo de Kant, Hegel, Comte o Marx, encarnaría el modelo de historia concebida por el pensamiento judeo-cristiano occidental. Los estallidos de violencia, la vulgarización de los valores de la humanidad, secuela para muchos de la irrupción de la ciencia y de la cultura contemporáneas, se convierten en los síntomas del final de la Historia como proceso continuado, dejando margen a la irrupción de las Historias, esto es, de la Historia como algo complejo y poliédrico. Ciertamente, la especificidad del fenómeno occidental no pasa desapercibida ni puede ser ignorada, de ahí los insistentes intentos historiográficos para dar luz sobre este proceso histórico que afecta a todos los tiempos de la historia. Pero, a la luz de las múltiples perspectivas de la Historia como ciencia, se ha roto definitivamente la creencia de que existe una gran historia que avanza en un solo tiempo y en la que el protagonismo occidental llevaría las riendas del proceso, en favor de una concepción en la que los *tiempos* dependen de los protagonistas de la historia y éstos de la voluntad del narrador⁹.

Se diría que, desde una fuertemente arraigada conciencia de lo efímero, la nueva forma de cultura, denominada *posmoderna*, rechaza la comprensión global y se apoya en el relativismo: las posibilidades de una historia objetiva son cada vez más remotas. El objeto de la investigación de los historiadores se ha vuelto más complicado que en el historicismo tradicional o en la historia sociocientífica. Bajo los auspicios de un mundo en transformación, los historiadores exploran nuevos temas de investigación pero se muestran confusos en los métodos porque ya no existe un paradigma científico, sino más bien estrategias parciales de investigación heredadas de los viejos enfoques historiográficos. Además, la inmersión en la sociedad tecnológica, donde las

⁹ KOSSELICH, R.: «Sobre la relación entre el pasado y el futuro en la historia reciente», en *Futuro pasado. Una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 29-105.

cosas pasan fugazmente, exige mantener activos permanentemente todos los registros de la memoria¹⁰. Así, es precisamente la necesidad que esta sociedad tecnológica tiene de registrar la memoria¹¹ de una forma plena la que hace posible lo coetáneo como historia. Tres alteraciones con respecto a la memoria afectan al forzoso presentismo: en primer lugar, la memoria oral deja de ser secundaria con respecto a la escrita; en segundo, la individual y la colectiva se confunden y luchan entre sí por la posesión del protagonismo en la Historia. Finalmente, la propia memoria del historiador se pone al servicio de la narración histórica¹².

Al intentar dibujar los rasgos de la sociedad tecnológica, salta a la vista que nuestro tiempo presente no ha hecho sino acelerar un proceso iniciado en el último tercio del siglo XIX, siendo la espectacularidad de su dimensión actual la que nos produce el efecto de singularidad. Desde las tesis tecnologicistas introducidas en los años sesenta por McLuhan¹³, precediendo a su lectura de la *aldea global*, en las que las tecnologías, extensión del cerebro humano, se convertían en agentes poderosos del cambio mundial, se está verificando la identificación del nuevo espacio social, donde las fuerzas transnacionales pugnan por implantarse, a partir de muy diversas perspectivas. Una de las más populares concibe la sociedad tecnológica como un gran mercado en el que el objetivo de la desregularización a cualquier precio tiende a la primacía de la actividad empresarial, sin tener en cuenta para nada el desarrollo de una sociedad civil —véanse en este sentido las proclamas vertidas de manera cotidiana a los medios por George Soros¹⁴ o por el mismo Bill Gates. En el extremo opuesto, la crítica a este planteamiento neoliberal, comprendería que el objetivo de la sociedad tecnológica es la creación de un espacio fundamentalmente

¹⁰ RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, A.: «Del arte de la memoria a la nemótica», en DÍAZ BARRADO, P. M.: *Las Edades de la Mirada*, Cáceres, UEX, 1996.

¹¹ El tema de la memoria exenta y de los modos de registrarla en la sociedad tecnológica contemporánea ha sido tratado por DE LAS HERAS, A. R.: «Hipertexto. El texto plegado», en *El Urogallo*, núm. 121, junio de 1996, pp. 30-33.

¹² Un alegato en favor de la implicación de la memoria del historiador en el texto que escribe puede leerse en la introducción de la obra de HONORÉ, E.: *Age of Extremes: The Short Twentieth Century. 1914-1991*, London, 1994. Ed. español: *Historia del siglo XX*, Madrid, Crítica, 1996. Cargada de subjetividad, la Historia del Presente acoge la crónica personal del historiador.

¹³ MCLUHAN, M.: *Gutenberg's Galaxy*, Toronto, Universidad de Toronto Press, 1962. Trad. Español, Barcelona, Círculo de Lecturas, 1998.

¹⁴ SOROS, G.: *Soros on Soros*, New York, John Wiley, 1995.

social (Gray, Chomsky¹⁵), en el que un nuevo orden democrático mundial es la única salida posible (Held¹⁶) para acabar con los males de la jerarquía y la desigualdad derivados del modelo de organización mundial de la modernidad. La nueva sociedad planetaria sería en términos virtuales algo más que un simple espacio privilegiado para la interconexión. Estaríamos hablando de una gran ciudad o polis (Mitchell¹⁷), gobernada con sus propias reglas de organización y pautas de convivencia, un espacio que integra actividades, conflictos y negociaciones, desde una perspectiva singular en la historia. En el polo opuesto, la visión anarquista resucita de los idearios político-sociales decimonónicos para ser reinterpretada en la sociedad tecnológica como un espacio apto por fin para la erradicación de cualquier normativa. Sin embargo, los más críticos han restado peso a la singularidad de la nueva formación social, incorporando la visión de una sociedad tecnológicamente homogénea en lo político y cultural, como una nueva forma de colonización occidental, tras la crisis de los modelos colonizadores de las edades moderna y contemporánea (Virilio¹⁸). Las tecnologías, al agrandar las diferencias sociales y culturales —señalan los más escépticos— están teniendo una enorme influencia antisocial, ya que polarizan el mundo del siglo XXI en dos categorías, la de los sectores de la humanidad ricos y, por lo tanto, conectados, y la de los pobres, *desenchufados* de la red. Ello sin contar con la división cultural generacional causada por la revolución digital que ya vaticinara Nicholas Negroponte¹⁹.

En un libro reciente, Javier Echeverría ha descrito esta sociedad tecnológica, a la que denomina *Tercer Entorno*, subrayando los elementos diferenciales con respecto a los entornos natural e industrial, primer y segundo entorno con los que aquél aún convive²⁰. Este enfoque nos interesa especialmente porque expresa la alteración de la relación del hombre con el tiempo y reafirma la variable espacial, descuidada en otras lecturas acerca de la sociedad tecnológica, si bien resulta fundamental para el análisis de las relaciones internacionales del tiempo presente. Dice Echeverría que el tercer entorno es *distal*: sujetos, objetos

¹⁵ GRAY, J.: *Falso amanecer*, Barcelona, Paidós, 2000; CHOMSKY, N.: *El beneficio es lo que cuenta. Neoliberalismo y orden global*, Barcelona, Crítica, 2000.

¹⁶ HELD, D.: *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 2000.

¹⁷ MITCHELL, W. J.: *City of Bits*, Cambridge, Mass., 1995.

¹⁸ VIRILIO, P.: *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra, 1997.

¹⁹ NEGROPONTE, N.: *El mundo digital*, Barcelona, Ediciones B, 1995.

²⁰ ECHEVERRÍA, J.: *Los señores del aire: Telépolis y el tercer Entorno*, Barcelona, Destino, 1999.

e instrumentos pueden estar muy lejos entre sí, las actividades ya no necesitan necesariamente de una proximidad física entre sujetos e instrumentos. Se crea un nuevo espacio de interacción e interrelación sustentado por una topología *reticular*, la *red*, donde lo importante es tener acceso a los nodos. Recordemos que en las sociedades natural e industrial, los seres humanos actuaban y se interrelacionaban en un recinto, dotado, pues, de un interior, un exterior y una frontera. Estas condiciones dejan de ser únicas e incuestionables. Estaríamos, además, ante un espacio *comprimido*, o topológico, que no tiene en cuenta las distancias ni la tridimensionalidad de las cosas, que anula la primacía de la comprensión de la extensión, mediante las usuales coordenadas geográficas y las convenciones de grafos. Se genera un entorno *des-territorializado* cuyas formas políticas, militares, económicas y culturales son *transnacionales* y ponen en quiebra las condiciones del Estado Nación. En una sociedad basada, ya no en la producción, sino en el consumo de bienes y de servicios, la característica de autosuficiencia, propia de las sociedades naturales y ya en transformación en las industriales, se quiebra, sustituida por una forzosa y más acentuada que nunca antes en la Historia *interdependencia*. En la sociedad tecnológica ya no se requiere la presencia física de los actores, ni el desplazamiento real de las personas. La *representacionalidad* deviene en una nueva característica, posible gracias a las tecnologías. De esto puede inferirse que, pese a existir una base material irrenunciable, ya que la tecnología requiere también de unas condiciones elementales para la conformación de sujetos y objetos, es la *información* que transmiten los cuerpos lo verdaderamente relevante. En sustitución de la movilidad física requerida para la mayoría de las acciones, la representación electrónica de los sujetos y objetos aporta un modo nuevo de *fluencia*. Las referencias tradicionales de la velocidad quedan obsoletas ante una *circulación rápida*, cuya medida es la luz expresada en Kbits/seg. La primacía de las infraestructuras terrestres deja paso a aquellas *asentadas en el aire*, compuesta esencialmente por la red de satélites de transmisión. Esta peculiaridad provoca una gran *inestabilidad* en la sociedad tecnológica, dependiente de frágiles redes eléctricas y de los satélites de transmisión. Las expectativas de riesgo causan una enorme *incertidumbre*. Mientras que en las sociedades no tecnológicas se requiere la presencia corporal de los agentes y que dicha presencia se mantenga durante el lapso de tiempo que dura la acción, sincronía, en la sociedad tecnológica no es precisa la simultaneidad. La *multicronía* viene expre-

sada en el *teletiempo*: una suerte de ubicuidad referida no sólo al espacio social, sino también al tiempo, que permite la intervención continua mediante interacciones instantáneas. Un lenguaje único, nacido de la *integración*, rompe el mosaico semiótico conformado a través de los tiempos en la historia de la humanidad. ¿Cambio, pues, de *paradigma*? Si tomamos como referente histórico el operado con la Revolución Científica de los siglos XVI y XVII podría ser osado plantear siquiera esta posibilidad. Parece, sin embargo, indudable que estamos ante una ruptura dramática que deja ver cambios de gran trascendencia cultural y social ²¹.

De todo ello resulta lógico inferir la incidencia de estas transformaciones en los modos de confrontación humanos, de hacer la guerra ²², o de confeccionar la paz; esto es, en la relación que vincula la sociedad tecnológica con el orden mundial. De momento, en un contexto cambiante que combina lo local, lo nacional, lo regional y lo global, en un mundo en que los centros de poder están interconectados, el orden internacional se estructura en organizaciones y asociaciones ante las que los individuos carecen de control directo, a pesar de que las decisiones que adoptan los representantes de la naciones a las que pertenece dicha ciudadanía les afectan profundamente. La indefensión que ello genera es especialmente visible en las regiones más aisladas, tecnológicamente hablando. Así mismo, las revoluciones tecnológicas de la segunda mitad del siglo XX, aceleradas en nuestro tiempo, han incrementado el poder que los canales mediáticos tienen en la difusión de las formas simbólicas, aquellos que identifican, por ejemplo, los sentimientos de pertenencia y de nación. De ahí que algo tan esencial como el sentido de la democracia se esté transformando y lo haga no tanto en la esencia de los principios como en las formas en que debe ponerse en práctica, ante los retos de la sociedad mundial en cambio. Por eso, nos parece pertinente dejar abierta la puerta de la reflexión expresando una duda no resuelta: ¿constituye la política hoy la única medicina eficaz para contrarrestar los efectos desreguladores de orden planetario que se derivan del progreso entendido tecnológicamente?

²¹ SOUTO BAYARRI, M.: «¿Aldea global?», en *Claves de la razón práctica*, núm. 104, 2000, p. 64.

²² CASTELL, M.: *La sociedad red*, Barcelona, Alianza Editorial, 1996, pp. 489-498. Introduce la idea de las guerras instantáneas. Más específicos sobre el tema de la guerra mediática y la sociedad tecnológica: TOFFER, A.: *Las guerras y el futuro*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994, y VIRILIO, P.: *L'Écran du désert: chroniques de guerre*, Paris, Galilée, 1991.

3. Donde el orden internacional se inserta en el orden global

Nos hemos acercado a la Historia del Presente desde algunos supuestos básicos. Hemos optado por aislar los rasgos de la sociedad tecnológica como los que definen propiamente *nuestra historia del presente*. Hemos considerado así mismo algunos de los cierres en falso, dudas que atentan al presente como historia. De todo ello no es difícil inferir que la naturaleza que adquiere el orden mundial es esencial para la Historia del Presente, en tanto que desde la sociedad tecnológica y globalizada se alteran y se redefinen los criterios con los que se venía comprendiendo hasta la segunda mitad de este siglo el llamado orden internacional. A la inversa, no puede concebirse una Historia del Presente, inserta en la Historia Mundial, sin un protagonismo absoluto de *lo internacional*. Tal es, a la luz de la sociedad tecnológica, la sustancia del modelo de organización global y desterritorializado hacia el que nos encaminamos. De la redefinición de dicho orden internacional nace, pues, el objeto de estudio para la Historia y se fundamenta el vínculo entre la Historia del Presente y la Historia de las Relaciones Internacionales.

Desde una perspectiva exclusivamente territorial, a lo largo de los siglos XIX y XX la sociedad internacional se ha *expandido* hasta alcanzar el rasgo de universalidad que hoy la caracteriza. El rasgo de eurocentrismo propio de la sociedad internacional durante la segunda mitad del siglo XIX —el Tratado de París de 1856 propició la primera apertura de Europa hacia Oriente— se suavizó a partir de la Primera Guerra Mundial para concluir, tras la Segunda, con la irrupción del bipolarismo. La inclusión de la *periferia* en el sistema de organización mundial tuvo lugar a raíz de las descolonizaciones de Asia y África durante la segunda mitad del siglo XX²³. Ya a finales de los años setenta podíamos contemplar una auténtica sociedad mundial de Estados regida por un sistema internacional planetarizado. No obstante, dicha mundialización ha ido en detrimento de la claridad con que podía contemplarse el panorama. Junto a los actores clásicos, los Estados, han surgido otros nuevos, las organizaciones e instituciones internacionales que, con relativa independencia respecto a los Estados miembros, desempeñan funciones específicas y deciden de forma autónoma. Ello no quiere decir que el viejo sistema interestatal agonice. Nada mejor que las coyunturas de crisis

²³ Es clasificadora la síntesis de CHAMBERLAIN, M. E.: *La descolonización. La caída de los imperios europeos*, Barcelona, Ariel Historia, 1997.

para que los principios rectores del mundialismo inspirados en el idealismo humanista se replieguen a los cuarteles de invierno, desempolvando las viejas pero solventes fórmulas de la *realpolitik*. Digamos más bien que el sistema interestatal se yuxtapone *de facto* al de la cooperación internacional. Ciertamente la globalización alienta el diálogo intercultural haciendo cada vez más difícil la coartada del desconocimiento del otro. Pero también acentúa la paradoja que supone la proliferación de naciones que carecen de Estado —la del pueblo kurdo en lucha por obtener el reconocimiento del gobierno turco— frente a los Estados que no tienen nación —Singapur, sin ir más lejos, un Estado desarrollista que accedió a la independencia en 1965—. Sin embargo, el efecto más notable de la globalización es sin duda una evidencia no menos cierta por repetida hasta la saciedad: el inquietante desajuste, en cuanto a los índices de desarrollo material, social y político se refiere, entre los ricos y los pobres del Planeta. La profundidad de esta quiebra se agiganta, más allá del acceso a los recursos, en el ámbito de las tecnologías.

En este punto cabe plantear dos cuestiones. La primera: ¿cómo entender el sentido que adquiere el orden internacional en la Historia Reciente? Y la segunda: ¿puede ser en la actualidad lo global sinónimo de internacional? La evidencia de las crecientes interconexiones entre las nacionalidades y las sociedades, por encima de los intereses de los Estados, desde los comienzos del siglo XX, así como la excepcionalidad de las formas de violencia que la humanidad se ha infligido a sí misma en dicho siglo²⁴, fueron indicadores de peso de la crisis profunda del modelo de regulación internacional. La concepción de un derecho internacional válido exclusivamente para los Estados²⁵ fue dejando de sostenerse progresivamente. En la medida en que las guerras y los Imperios coloniales transgredían los derechos humanos y minaban las libertades de las personas, fue imprescindible generar una base legal que reconociese a los nuevos sujetos del derecho internacional. La *Carta de los Tribunales de Crímenes de Guerra de Nuremberg y Tokio*, la *Declaración universal de los Derechos Humanos de 1948*, los *Convenios sobre Derechos Políticos y Civiles de 1966*, y la *Convención Europea sobre los Derechos Humanos de 1950* nacieron del reconocimiento de una nueva definición del orden internacional. Un orden con nuevos

²⁴ HOBSBAWM, E.: «Barbarie: guía del usuario», en *New Left Review*, núm. 206, 1994, pp. 44-45.

²⁵ OPPENHEIM, L.: *International Law*, vol. I, London, Longman, 1905, esp. 1.

actores, las organizaciones multilaterales y supranacionales encabezadas por la ONU, y sometido a la enorme presión ejercida por la opinión, cuyo protagonismo en aumento singulariza, con respecto a otras etapas de la Historia, la actividad internacional planetaria de nuestro tiempo.

La progresiva presión de las sociedades, ejercida a través de los medios de comunicación, ha contribuido a que los asuntos sociales —desplazamientos forzosos de población— y medioambientales —vertidos tóxicos o nubes radioactivas— se constituyan también en objeto de atención en el campo de las relaciones internacionales. Ciertamente puede parecer un espejismo la creencia de que los foros internacionales y los medios de opinión han logrado proporcionar los escenarios apropiados para la difusión y solución consensuada de los problemas internacionales. En realidad, son cada vez en mayor medida las condiciones materiales y los recursos los que interesan a la constitución de un orden mundial estable. De tal manera que, hace algo más de un lustro, David Held apuntaba que la globalización de la vida económica se estaba constituyendo en el elemento determinante de la geopolítica y que eran probablemente las cumbres económicas de los países industriales las que, por encima de las cumbres de las superpotencias, iban a perfilar los contornos de la jerarquía y el poder ²⁶.

Pero, si todo indica que la internacionalización irrumpe sin trabas en los aspectos más variados de las relaciones humanas en el mundo, cabe preguntarse acerca del grado de la validez actual que mantienen los tradicionales análisis derivados de las tesis del realismo político. Barry Buzan, politólogo especializado en Teoría del Estado, mantiene que muchas partes del mundo se rigen aún por las normas del realismo ²⁷. La vigencia de este modelo se da especialmente en el Este asiático, por ejemplo, en las relaciones entre Japón y China. De esta valoración parece deducirse una observación importante: que las reglas del juego no se distribuyen de igual forma en todo el planeta, sino que el mundo se articula en varias esferas de actividad donde se aplican reglas muy distintas. Sin duda, la internacionalización y la progresiva vinculación de los Estados a los flujos de capital aparece ligada en la Historia

²⁶ HELD, D.: «La democracia hoy: ¿Hacia un orden cosmopolita?», en *Debate*, núm. 49, septiembre de 1994, pp. 4-24. Las tesis del HELD acerca del cosmopolitismo, la democracia y el orden mundial han sido recogidas recientemente en el libro *La democracia y el orden global...*, op. cit.

²⁷ BUZAN, B. y HELD, D.: «Cosmopolitismo y realismo», en *Leviatan, revista de hechas e ideas*, núm. 75, Madrid, primavera de 1999, p. 11.

a las formas de desarrollo occidental. El modelo resultante ha sido aplicado durante el siglo XX en el resto del mundo con un resultado muy desigual, de tal modo que en la actualidad dicho modelo parece haberse invalidado para enormes extensiones planetarias como África, Latinoamérica y la mayor parte de Asia.

No obstante, la estructura soberana de los Estados-nación individuales inventada en Occidente ha sido claramente dañada por el cambio de pautas del poder y por la creciente interconexión mundial, de forma que resulta obligado preguntarse acerca del estado vital de los Estados en relación con la política internacional. Durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial especialmente, la intensificación de los procesos de interconexión regional y global, así como la aplicación de formas reguladoras que provenían de los criterios de cooperación intergubernamental, quebraron dentro de la vida política de los Estados la hasta entonces nítida separación entre lo interior y lo exterior. En el contexto de la sociedad tecnológica, con una permeabilidad de fronteras creciente, los dominios tradicionales de actividad y de competencia de los Estados —gestión de las economías, defensa, comunicaciones, administraciones— se han visto necesitados del recurso a la cooperación internacional, ya que disminuía la capacidad estatal de generar instrumentos políticos de control idóneos. Las expectativas de creación de un sistema de gobierno internacional no tuvieron, como era de esperar, el efecto de anular la identidad de los Estados. Antes bien, los respaldaron y contribuyeron a redefinir su poder²⁰. La fragilidad del sistema global interdependiente, altamente vulnerable a los cambios que puedan operarse en los recursos, las creencias e ideologías pero sobre todo en las tecnologías, ha de ser forzosamente compensado por la persistente vitalidad de los Estados-nación, que han resuelto el dilema de su decadencia con el instrumento mágico de la *cooperación*.

Merece la pena que hagamos un inciso para reflexionar acerca de la relación o identificación en el tiempo presente entre lo *global* y lo *internacional* o *mundial*. Cabría mencionar que en ocasiones, lo indistinto del uso de estos términos en el lenguaje común encierra trampas que, en el caso de la Historia del Presente, son tremendamente nocivas. *La globalización es un proceso dinámico de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capitales. Este proceso no es nuevo, viene desarrollándose paulatinamente*

²⁰ HELD, D.: *La democracia y el orden global...*, op. cit., pp. 117-127.

desde 1950 y tardará muchos años aún en completarse, si la política lo permite, leemos en un texto escrito recientemente por Guillermo de la Dehesa²⁹. Decenas de definiciones en torno a la cuestión no pueden ocultar que *lo global* se refiere a la integración de los mercados de bienes, servicios, trabajo y capitales que desde el siglo pasado viene operándose en el mundo³⁰, en fases más o menos activas. Es decir, que lo global afecta esencialmente a las relaciones y las estructuras económicas y financieras. En este sentido, el rechazo de los analistas franceses al término, no tanto por anglosajón como suele pensarse, sino más bien por lo limitado de sus posibilidades, para referirse a un fenómeno complejo que afecta a más instancias que las meramente económicas, nos es muy útil para nuestra reflexión. El desembarco de la Historia de las Relaciones Internacionales en la Historia del Presente se decantaría por un lugar en la *mundialización*³¹ antes que en la globalización, en tanto que, para determinar el proceso, aquél hace uso de factores temporales y espaciales indispensables para la Historia, mientras que el término anglosajón limita el proceso en curso a la consideración de factores vinculados especialmente con las nuevas tecnologías y a sus efectos sobre la economía y las finanzas. Aunque, desde un enfoque de términos, es indudable que la globalización ha ganado la batalla y a ella habremos de referirnos, es indispensable, no obstante, comprender el sentido exacto de la expresión. Subrayemos en favor del empleo del término globalización el sentido de desterrir-

²⁹ DE LA DEHESA, G.: *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza, 2000, p. 17.

³⁰ Si bien la sintonía histórica de este proceso no es un tema relevante en los textos que abordan la cuestión, no todos los autores que han escrito y escriben sobre la globalización —sin diferenciarla de la mundialización— coinciden en sus apreciaciones. Se trataría de un proceso largo y lento que arranca de la contemporaneidad misma, y da marcha en la primera mitad del siglo XX debido a las confrontaciones bélicas. O bien, hablaríamos de dos procesos, iniciado el primero en el último tercio del siglo XIX, sometidos a las consiguientes similitudes y diferencias. Las similitudes con el proceso de globalización antes de 1914 serían la libre circulación de dinero, mercancías y personal, la ampliación de redes de comunicación, el establecimiento de un sistema financiero internacional y la pervivencia de Estados-nación constreñidos por las políticas económicas. Las diferencias entre aquel proceso histórico y el actual derivan esencialmente de las magnitudes, más importantes en la velocidad, tamaño e interconexión de los movimientos de mercancías y de la información que las de cualquier período anterior de la Historia, estableciéndose una economía financiera virtual que trastorna gravemente la real. Esta segunda visión aparece expresamente recogida en las páginas del texto de GRAY, J.: *Falso amanecer*, op. cit.

³¹ VIDAL VILLA, J. M.: *Mundialización. Diez tesis y otros artículos*, Barcelona, Icaria, 1996.

torialización que el término *mundialización* no admite y que ciertamente es crucial en nuestra historia reciente.

Pero, por lo que al orden internacional se refiere, las fuentes escépticas advierten que con la globalización, a la sombra de un mercado planetario desordenado, el sistema internacional se está haciendo autónomo y desimbricado, y los Estados son sometidos en mayor medida si cabe de lo que estuvieron en 1919 a situaciones de riesgo e incertidumbre³². Una de las principales razones para observar dicho riesgo proviene de fenómenos tales como la fragmentación imparable de los Estados. Primero la URSS y más tarde Yugoslavia, observamos ahora que China Popular, donde la cohesión provenía de las acciones políticas que las ideologías inspiraron a los Estados en otros tiempos de la Historia, está cada vez más polarizada internamente, no pareciendo querer escapar a esta tendencia fragmentadora. En el anverso de la moneda, los pan-nacionalismos, casi siempre utópicos y de difícil desarrollo histórico (Liga Pangermánica en 1901, el panafricanismo de la OUA en 1963), persisten en su empeño por defender su razón de ser (Paneuropeísmo de la UE y de la OSCE), siendo hoy tal vez el Islamismo la expresión contemporánea más poderosa de este tipo de movimiento nacionalista³³.

4. Representar las relaciones internacionales en la Historia del Presente

Dos disciplinas auxiliares constituyen el escenario del encuentro entre los estudios históricos de las relaciones internacionales y los del tiempo presente: nos referimos a la geopolítica y la cartografía. En nuestros días la geopolítica está siendo objeto de un renovado interés³⁴. Las condiciones derivadas de un mapa político mundial incierto e ines-

³² BARBOCH, P.: «Globalization, Myths and Realities», en BOYER, R., y DRACHE, D.: *States against markets — the limits of globalization*, London, Routledge, 1996.

³³ Véase la fuerza que atribuye a la civilización islámica HUNTINGTON, S. P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997. Algunos pormenores de la visión, un tanto simplificada de Huntington, han sido puestos en tela de juicio por otros autores, con críticas como la de KAPLAN, R. D.: *The ends of the earth: a Journey at the Dawn of the Twenty-First Century*, New York, Random House, 1996, a la guerra entre civilizaciones en Asia Central y los Balcanes.

³⁴ LÓPEZ TRIGAL, L., y BENTO DEL POZO, P.: *Geografía política*, Madrid, Cátedra, 1999, y VV. AA.: *Geopolítica del caos*, Le Monde Diplomatique, ed. española, Madrid, Debate, 1999.

table fuerzan la mirada sobre una disciplina cuya naturaleza y método siguen teniendo aún hoy, a juicio de casi todos los especialistas, mucho de intuición. La geopolítica, nacida como disciplina hace casi un siglo, tiene como objeto el *análisis de las relaciones de poder en el espacio, y la influencia de los factores territoriales sobre las estrategias diseñadas por los actores de la política, esencialmente los Estados*, esto es: el estudio de los problemas a través de las interrelaciones entre el poder político, las estructuras políticas y la configuración territorial. Esta posible definición es útil aún, en la medida en que siga aplicándose el modelo del realismo político al estudio de las Relaciones Internacionales. Pero, como hemos visto, las condiciones en que se expresa el orden mundial en nuestro *Presente* histórico son cuando menos imprecisas, de manera que no existe una aceptación unánime del viejo modelo realista. Es por ello que nos encontramos en un momento altamente delicado por lo que a la disciplina se refiere, ya que ésta se ve obligada a reflexionar sobre sus bases teóricas, contenidos y métodos de investigación.

Algo es seguro, sin embargo: que la Geopolítica es una disciplina muy dinámica, plenamente influida por enfoques humanísticos y sistémicos que busca, además de ser un instrumento de los Estados para la mejor *gobernación* de los territorios, contribuir al tratamiento de los problemas espaciales desde una perspectiva de Relaciones Internacionales como relaciones de cooperación. La geopolítica es, además, un recurso imprescindible o inexcusable para las disciplinas que manejan hoy los principales vehículos de la información, casi siempre vinculadas al periodismo. La *cartografía geopolítica*³⁵ viene siendo un recurso esencial para los analistas, dando sentido pleno al esfuerzo actual que en esta línea están haciendo las editoriales³⁶. Los atlas geopolíticos que se editan actualizan los criterios de los conflictos —a partir de una cartografía temática— y la identidad de los actores; final-

³⁵ BERACEWICH, P.: «Cartografía. Miradas políticas al territorio», en *Le Monde Diplomatique*, junio de 2000.

³⁶ Véanse los atlas de objeto divulgativo, como los de SMITH, D.: *Atlas de la guerra y la paz*, Madrid, Akal, 1999 (1.ª edición en inglés, 1997); KIDRON, M., y SEGAL, R.: *Atlas del Estado del Mundo*, Madrid, Akal, 2000; algunos de temática específica, como el LEMARCHAND, Ph.: *Atlas de Estados Unidos. Las paradojas del poder*, Madrid, Acento Editorial, 1999, versión española del atlas francés, publicado por La Découverte en 1995 y en la línea de otros trabajos similares: *Atlas de los pueblos de Europa central*, *Atlas de los pueblos de Oriente*, *Atlas de los pueblos de Europa occidental* y *Atlas de África*.

mente, reflejan las condiciones determinantes para la vida de la sociedad internacional actual: la diversidad tipológica de los armamentos, las cuestiones de género, la pobreza, las migraciones, los recursos naturales, las creencias religiosas, los derechos humanos y las formas múltiples que adquiere la violencia— y la represión. Cuestiones transversales y análisis regionales, en definitiva.

Asimismo, elemento clave de la Geopolítica y herramienta fundamental del estudio de las relaciones internacionales también en la Historia del Presente, hemos de tener en cuenta la cartografía, la principal de cuyas contribuciones a la Historia es la de *fixar* el conocimiento sobre los grandes problemas contemporáneos. Al poner en relación todos aquellos elementos que, aun siendo objeto de estudio de muy diversas disciplinas, gozan de un componente espacial, la cartografía se convierte en un instrumento estratégico. En lo esencial, los mapas constituyen documentos que muestran las relaciones que establecen las colectividades humanas y el territorio, así como aquellas que surgen en el seno de las sociedades —origen en este último caso de los mapas políticos. Mediante ellos podemos visualizar, con la distancia oportuna, las evoluciones territoriales, económicas, sociales y políticas. La cartografía nos facilita el conocimiento de la posición de los actores en el territorio y las posibilidades de su actividad en la región. Mediante los mapas, podemos comprender la lógica que se aplica a la organización y la ocupación del espacio, además de las dimensiones múltiples que adquieren de los conflictos civiles e internacionales en sus consecuencias.

Pese a la creencia de que la cartografía se basa desde sus orígenes en la adopción de un lenguaje y un sistema de referencias universales, lo cierto es que, hasta bien entrado el siglo XX, cuando ya se habían resuelto gran parte de los problemas de geodesia y de proyecciones, las cartografías nacionales aún tenían componentes de marcada intencionalidad política. Prueba de ello será, por ejemplo, la adopción de los meridianos que pasan por las distintas capitales políticas como meridianos de origen o referencia de las cartografías de los Estados, así como la ausencia de uniformidad en la utilización de diferentes proyecciones cartográficas. De esta manera, el sistema cartográfico mundial constituía hasta bien entrado el siglo XX un gran mosaico de piezas de difícil ensamblaje. Evidentemente, como cualquier representación simbólica, como cualquier lenguaje, la cartografía supone una simplificación y reducción de la realidad, así como la adopción de un conjunto

de convenciones precisas que permiten la lectura de los mapas por cualquier persona conocedora de este lenguaje. La cartografía fuerza la elección razonada de los elementos que se quieren representar, de modo que, en virtud de la simplificación, la cartografía exige renunciás. Desde esta perspectiva, la cartografía constituye una forma de discurso que encaja perfectamente en la concepción y método de la Historia del Presente, tan necesitada, como vimos, de un esfuerzo de síntesis y de interpretación. Ahora bien, nuestro grado de credulidad ante el documento cartográfico obliga a considerar algunas matizaciones de suma importancia.

En la Historia, todas las naciones han tratado siempre de mantener sus mapas, aunque estuvieran obsoletos, fuera del alcance de sus enemigos. No sólo en tiempos de guerra, proporcionar al enemigo nuestros mapas ha sido considerado siempre un acto de traición, a menos que el mapa en cuestión constituyese un fraude destinado a confundir al oponente o a persuadirle de atacar o no. Los gobiernos de todos los tiempos han atesorado los mapas que contienen información nacional o extranjera con tales medidas de seguridad que, ni siquiera sus propios aliados lleguen a conocer de ellos más que lo que al gobierno en cuestión le interesa. Uno de los referentes históricos más llamativos por lo que a la Historia de España se refiere, lo constituye el denominado *Padrón*, un mapa base que, guardado a comienzos del siglo xvi en la Casa de Contratación de Indias, se actualizaba regularmente con las informaciones procedentes de los pilotos que volvían de América y cuya custodia recaía en la figura oficial del cosmógrafo. Por su parte, Francia, pionera en la consideración del valor estratégico de la cartografía, creó a finales del siglo xvii el denominado *Depósito de guerra*, un cuerpo militar encargado en primera instancia de recoger y archivar la cartografía y posteriormente de completarla con la elaboración de nuevos mapas. Este cuerpo constituiría el embrión de los servicios geográficos militares en la Europa del siglo xix. Algunos ejemplos más cercanos. Durante la Guerra Fría, los Estados Unidos sobrevolaban los territorios de sus aliados para obtener un cuerpo de fotografía aérea y de cartografía de inestimable valor en su momento. En el caso español y tras los Pactos de 1953, esta operación técnico-militar se efectuó en 1956. El denominado *vuelo americano* constituyó, por otra parte, la primera iniciativa en este sentido que abarcaba todo el territorio nacional español. Muy conocido es también el caso del secretismo de la URSS por lo que a la cartografía de las repúblicas se refiere, con datos verdaderamente

impactantes como la ocultación a la propia población de la Unión de la existencia de algunas ciudades consideradas de interés estratégico-militar. Aún hoy las fotografías aéreas oficiales de los países occidentales siguen teniendo la consideración de documento sujeto a supervisión gubernamental, siendo, en consecuencia, objeto de censura selectiva.

Pero además la cartografía ha sido un ancestral instrumento de propaganda de los poderes de los pueblos y de los Estados, ya que la cartografía puede ser siempre objeto de manipulación³⁷. A lo largo de toda la Historia, la cartografía ha sido un instrumento que soportaba ideologías y religiones. Los casos más significativos bien pudieran ser los de la cartografía árabe, que tomaba como referencia espacial La Meca, y, sobre todo, los Discarios, elaborados por la Cristiandad a lo largo de toda la Edad Media, en los que se asociaba la figura de Cristo en la Cruz con la disposición de mares y tierras en la Cuenca Mediterránea. En realidad, todos los mapas distorsionan la realidad geográfica desde el momento en que los autores de los mismos tienen que utilizar generalizaciones y símbolos para enfatizar una información crítica o suprimir detalles que para el objeto del mapa carecen de interés. Por lo tanto, todos los mapas ejercitan alguna suerte de *mentira*. El problema surge en relación con la magnitud del *engaño* y la intencionalidad del mismo. Ciertamente, no es igual alterar la representación de un espacio para facilitar al usuario el conocimiento del acceso a una vía de circulación, tal como sucede en los mapas a pequeña escala, que modificar la ubicación de una frontera por intereses políticos o propagandísticos.

Fruto del enorme esfuerzo aplicado al trabajo cartográfico en toda su Historia —véanse las fantásticas expediciones que durante los siglos XVIII y XIX organizaron las potencias europeas para precisar la cartografía— la fascinación que aún ejerce la representación cartográfica en las sociedades occidentales añade una razón de peso a la importancia que desde la Historia otorgamos a esta cuestión. Prestemos atención a nuestros planisferios, elaborados en su mayoría a partir de la proyección de Mercator que favorece en la representación el tamaño de los espacios continentales del hemisferio norte en detrimento de los del sur³⁸. La

³⁷ MORROWSETT, M.: *How to lie with Maps*, London, University of Chicago Press, 1996.

³⁸ La de Mercator es una proyección conforme y, por lo tanto, no equidistante que supone un incremento sustancial de los Estados situados en latitudes templadas y cir-

de Mercator es una proyección que justifica el desarrollo histórico de la expansión europea en las edades moderna y contemporánea. Es decir, conviene a la narración histórica construida por la modernidad. Desde comienzos del siglo XX, se viene intentando sustituir la proyección utilizada para la elaboración de los planisferios —ya que para los mapas topográficos se viene haciendo uso de la UTM— por algunas otras, como la Proyección Acimutal Ecuatorial, la Sinusoidal o la Homolográfica de Mollweide. Ni que decir tiene que tampoco son éstas elecciones *blancas*. Proyecciones de elaboración más reciente como la de Peter tienen la intención de adecuar el discurso cartográfico a la corrección política del momento en que vivimos. Además de la proyección, las fuentes potenciales para la distorsión de los elementos de un mapa son muchas. Las más significativas, tal vez, la escala, la simbolización o los colores. En el presente, gracias a los ordenadores personales y a las ediciones electrónicas, los mapas invaden los medios de comunicación y colonizan igualmente las ediciones comerciales. La cartografía de estos productos de consumo masivo y no especializado para usos estratégicos o militares viene siendo elaborada por técnicos del diseño digital que nunca han estudiado nada cercano a la disciplina. A resultas de lo cual, las licencias cartográficas resultan gigantescas y ello no por intencionalidad, sino por desconocimiento de protocolos e incluso de convenciones (signos, colores, escalas...). De ahí que la desprotección de lector de mapas —crédulo donde los haya— es absoluta.

En la historia más reciente contemplamos en directo cómo los mapas se convierten en las armas de propaganda o de desinformación de los oponentes militares a las que aludíamos. Hay gobiernos que llegan a cometer *agresiones cartográficas*, al incluir en sus mapas como propias partes que corresponden a países vecinos. Es bien conocido que antes de la invasión de Iraq sobre Kuwait, los mapas iraquíes oficiales mostraban a Kuwait como la provincia número diecinueve de Bagdad. Los mapas chinos incorporan regiones que en las cartas estandarizadas del resto del mundo consideramos parte del norte de la India. También Argentina incurre en este tipo de agresión virtual al mostrar su hegemonía sobre un sector de la Antártida que es reclamado por chilenos y británicos. Existen serias dudas acerca de que la frontera marítima entre Japón y Corea de Sur esté situada en el lugar en que pretenden las

compolares. El efecto de esta proyección se hace notar precisamente en el hemisferio norte porque la presencia de territorio continental en estas latitudes es mucho mayor que en el hemisferio sur.

cartas marinas japonesas. Durante la guerra de la ex Yugoslavia, la región de Krajina fue dibujada más pequeña de lo que es en realidad para que pareciese más débil. Los turcochipriotas, los rusos de Crimea o los tamiles de Sri Lanka han publicado mapas en los que proclaman sus aspiraciones políticas. Y podríamos seguir... Sin embargo, esta práctica manipuladora no es específica de la Historia reciente. Por no alejarnos demasiado en el tiempo, basta recordar en los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial, el énfasis puesto por los cartógrafos alemanes del Tercer Reich en alterar las fronteras de la nacionalidad alemana a costa de los países del entorno inmediato. Así, es igualmente frecuente ver cómo las acciones políticas de los Estados instan a la consecución por la fuerza de aquellos territorios fronterizos ya incluidos en las representaciones espaciales previas —el caso de Iraq y Kuwait explicita perfectamente este supuesto genérico. La guerra se convierte así en la herramienta obvia para convertir en realidad la mentira cartografiada. Paliar estos desmanes constituye una tarea difícil, por no decir imposible, que no compete sin duda a los historiadores. Sin embargo, desde una perspectiva de la Historia de las Relaciones Internacionales sabemos bien de la necesidad de la dimensión histórica para completar nuestro conocimiento de las cuestiones cartografiadas en el tiempo más reciente y compensar la desinformación derivada de los errores cartográficos.

En la sociedad tecnológica del siglo xx la función de la cartografía en el contexto de los procesos de toma de decisiones vinculados a las relaciones internacionales ha sufrido transformaciones importantes con la generación de la denominada cartografía digital. La integración de varias capas de información georreferenciadas y digitalizadas previamente y la utilización de potentes programas, denominados *Sistemas de Información Geográfica*, para interrelacionarlas según las necesidades, hacen de la moderna cartografía un instrumento imprescindible en los procesos de toma de decisiones de todo tipo: económicas, urbanísticas, ambientales y militares. Por su parte, los GPS (*Ground Point System*), dependientes de una red de satélites norteamericanos, permiten conocer la posición de cualquier objeto en todo momento y lugar. En el supuesto de un conflicto tradicional los mandos responsables de las estrategias de los ejércitos visualizaban y trazaban los planes militares y las campañas sobre mapas impresos en papel. En el proceso de toma de decisiones correspondiente el mapa constituía un instrumento útil que registraba por analogía los movimientos de las tropas y los efectos

resultantes sobre el control del territorio. A pesar de la utilización de escalas que permitían una enorme precisión en el conocimiento del espacio, enormes márgenes de tierra fronteriza quedaban al albur de posibles, más que seguros, contenciosos futuros. La información sobre el estado de las fronteras sólo podía ser verificado sobre el terreno. En este aspecto, las tecnologías han alterado los modelos que venían funcionando desde la Antigüedad. Los modernos sensores que portan los satélites permiten identificar cualquier objeto gracias a su alta resolución espacial e incluso verificar sus cambios de forma y de posición. Los satélites se han convertido en instrumentos esenciales de verificación de los conflictos y de los acuerdos internacionales. Pero no todos los Estados son propietarios de esta tecnología de observación y verificación. En este sentido, de la misma manera que en décadas anteriores potencias de pequeño o mediano rango se incorporaron al restringido club nuclear, en la actualidad dichos Estados desarrollan sus propios sistemas de observación por satélite, independientes de los de las grandes potencias.

Pero la vulnerabilidad de los nuevos sistemas es también mayor. La cartografía digital se elabora en laboratorios informáticos, de manera que cualquier alteración en los datos que recibe el operador es incorporada directamente. Las transformaciones, introducidas al instante, alteran la memoria anterior sin registros de la misma y en muchos casos sin que los expertos en contenidos intervengan más que en una fase ya muy avanzada del proceso. Así, la seguridad de la información cartográfica constituye en la sociedad tecnológica un reto mayor, si cabe, que en las sociedades anteriores. Desde los años setenta la información geográfica —mapas electrónicos— se organizaba y almacenaba en bases de datos que comenzaron a sustituir a los mapas tradicionales en papel o en film. Dos tipos de peligros amenazaban a tales archivos. En primer lugar, las posibilidades de acción de *hackers* o piratas informáticos. En segundo, los mapas electrónicos se mostraban altamente vulnerables a un tipo de ataque nuclear conocido como *pulso magnético* (EMP), procedente de la radiación emitida por una explosión nuclear a gran altitud, que era capaz de destruir los sistemas de transmisión de las telecomunicaciones, dañar circuitos integrados, destruir la fibra óptica y convertir en ilegibles los mapas almacenados en el software. Ante la posibilidad de cualquiera de ambas eventualidades, piratería o destrucción de archivos, los gobiernos intentan protegerse endureciendo los sistemas de información electrónica y almacenando dicha información en soportes no magnéticos tradicionales como el microfilm

o el papel. Paradójicamente y aunque el modo de elaboración y las consecuencias que de él se derivan haya cambiado sustancialmente en la sociedad tecnológica, ante los eventuales peligros de nuestro tiempo, las imágenes cartográficas tradicionales se muestran más *resistentes* que las electrónicas o digitales, manteniendo su vieja función de garantes de la memoria del territorio y de las acciones de los hombres sobre el mismo.

Finalmente, hemos de recordar que se ha diluido la idea de mapa como *documento* elaborado por un gremio de técnicos cartógrafos que formaban parte de la estructura directa de la administración de los estados, documento archivable, consensuado por la elite política y militar, y memoria indeleble en definitiva de los procesos de toma de decisiones y de las acciones resultantes de los mismos. Es por ello que, frente a la idea de cartografía como cuerpo de imágenes arcanas que destilan credibilidad y respeto sin ningún tipo de duda, la Historia del Presente reivindica su naturaleza de *medio de comunicación*, así como una buena dosis de sano escepticismo por parte del usuario y del investigador, además de una renovación del método en el uso de los mapas. En definitiva, en un mundo dominado por una economía sin fronteras, en el que el Estado-nación es en muchos terrenos ya una institución marginada —señalaba a mediados de la década de los años noventa Kenichi Ohmae³⁹— los mapas habitualmente utilizados nos resultan tremendamente engañosos. La vieja cartografía se ha convertido en una ilusión.

Conclusión

La semblanza que nos presenta hoy la Historia del Presente es imprecisa. Como si de un retrato apenas esbozado se tratara, resulta indispensable abordar aún tareas sustanciales: identificar la naturaleza de la historicidad de todo tiempo presente, registrar y atesorar todo presente aprehendible en aquellos soportes de la memoria que la tecnología pone a nuestro alcance, afinar en el método de trabajo en consonancia con las investigaciones de la actualidad procedentes de disciplinas sociales cercanas. Todo ello cuanto menos parece imprescindible si queremos hacer posible la praxis de una Historia del Presente.

³⁹ OHMAE, K.: *The end of the Nation-State, The rise of Regional Economies*, London, Harper Collins, 1995.

Pero, ¿en qué contexto? En el de los acontecimientos tumultuosos que, al ser registrados, comienzan a existir como historia susceptible de ser narrada, aunque sin criterios de organización que permitan distinguir y jerarquizar. Un obstáculo para algunos, si bien para otros puede ser visto como la expresión de la victoria definitiva del hombre ante la historia que, a la luz de las tecnologías que incrementan la memoria exenta, se deja atrapar. A partir de las múltiples interpretaciones que adquiere la sociedad tecnológica, es claramente identificable una sociedad internacional nueva, propia exclusivamente de nuestro tiempo presente, cuya singularidad, pese a los nexos que la ligan a la contemporaneidad, se hace cada día más patente. Desde el momento en que se actualiza el objeto y se amplían los campos de la Historia de las Relaciones internacionales, nuestra Historia del Presente bien puede medirse como una Historia de la sociedad mundial, en la que la globalización impone la yuxtaposición de los sistemas clásicos a los nuevos: el interestatal y global, y donde los intereses de un orden mundial estable pasan por la preservación de los recursos, su distribución más justa y la defensa de los principios del estado de derecho y de la democracia. En definitiva, en un mundo de constantes mutaciones materiales y de renovadas relaciones estratégicas, de nacimiento y defunción de naciones y Estados, la geoestrategia y la cartografía devienen en instrumentos y medios de comunicación de la información de capital importancia.

Bibliografía

Algunas obras recientes de orden general pueden ser de utilidad para ahondar en ciertos aspectos mencionados en las líneas de este artículo.

- BECK, U.: *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998.
BOYER, R., y DRACHE, D.: *States against markets —The Limits of Globalization*, London, Routledge, 1996.
BRZEZINSKI, Z.: *The Grand Chess Board*, New York, Harper Collins, 1997.
CASTELLS, M.: *La era de la información*, vols. 1, 2 y 3, Madrid, Alianza, 1996-1997.
DAHL, R.: *La democracia, una guía para ciudadanos*, Madrid, Taurus, 1999.
ECHEVERRÍA, J.: *Telópolis*, Barcelona, Destino, 1994.
FRIEDMAN, Th.: *The Lexus and the Olive Tree*, New York, Farrar Straus Giroux, 1999.
HELD, D. et alii.: *Global Transformations*, Cambridge, Polity Press, 1999.

- HIRST, P., y THOMPSON, G.: *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press, 1996.
- KAPLAN, R.: *Viaje al futuro del imperio. La transformación de Norteamérica en el siglo XXI*, Barcelona, Ediciones B, 1999.
- IGNATIEFF, M.: *El honor del guerrero*, Madrid, Taurus, 1999.
- MARTIN, H.-P., y SCHUMANN, H.: *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*, Madrid, Taurus, 1996.
- NAISBITT, J.: *Global Paradox*, London, Nicholas Brealey Publishing, 1995.
- ORTEGA, A.: *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*, Madrid, Taurus, 2000.
- SARTORI, G.: *Homo videns*, Madrid, Taurus, 1998.
- VALLESPÍN, F.: *El futuro de la política*, Madrid, Taurus, 2000.